

Carta desde el desierto de Etiopía

El sacerdote diocesano, Christopher Hartley Sartorius, que ha iniciado una misión en Etiopía, nos ofrece el testimonio de su trabajo en Gode, junto a la frontera con Somalia, en una zona de mayoría musulmana, donde no había presencia de la Iglesia.

Etiopía

0 100 Millas
0 100 Kilómetros



CHRISTOPHER HARTLEY, sacerdote de nuestra diócesis, ha llegado a Gode hace unos meses

Carta desde el desierto de Etiopía

CHRISTOPHER HARTLEY

Habíamos estado reunidos en el locutorio de las Misioneras de la Caridad de Addis Abeba. Estaban conmigo la hermana Nirmala, Superiora General de las Hermanas de Madre Teresa y la hermana regional para Etiopía.

La conversación giraba en torno a un ofrecimiento muy sencillo de mi parte: «Hermana Nirmala, ¿sabe usted en estos momentos de algún lugar de la tierra donde no hayan podido fundar por falta de sacerdote? Si lo hay, sepa que –sea donde sea– yo me ofrezco». En la pared había un inmenso mapa de Etiopía y me di cuenta que tenía clavados unos alfileres de colores, indicando las 16 casas que ya habían fundado en este país con sus más de cien hermanas. Sin embargo, mirando con más detenimiento, me di cuenta que en toda la parte oriental del país no había alfiler alguno.

Pregunté la razón de esa ausencia y me aclararon que no es que no hubiese misioneras de su orden en esa región del país, que hacía frontera con Somalia; es que no había habido presencia de la Iglesia católica jamás. Esa región era totalmente musulmana. Y en su inmensa mayoría compuesta por clanes nómadas de etnia somalí,

dedicada casi en exclusiva a la trashumancia con sus rebaños de camellos.

Terminó la conversación, las dos hermanas marcharon a sus quehaceres, mientras yo me quedaba solo, sentado frente a ese enorme mapa y me repetía a mí mismo las palabras que acababa de escuchar: «Nunca ha llegado la Iglesia a la región somalí de Etiopía». El mapa llamaba a esa región: Ogaden. Allí mismo –no me pregunten por qué– supe que era el sitio que me tenía reservado el Señor. Me acerqué al mapa y vi que en ese inmenso desierto junto a la frontera con Somalia había un nombre que estaba escrito con letra más grande y negrita; concluí que debía ser el lugar más importante y poblado, se llamaba Gode, junto a un río, el Wabi Cébele.

Aceptada la propuesta por las Misioneras de la Caridad, fuimos a consultar el proyecto con el Arzobispo de Addis, monseñor Berhaneyesus Souraphiel. Aceptó la idea con enorme entusiasmo, aunque sí me hizo una advertencia: «Tienes obligación de decirle a tu obispo que el lugar al que vas es muy peligroso». Me hizo además portador de una carta personal para el Sr. Cardenal, don Antonio Cañizares.

De vuelta en Toledo, le expuse a nuestro Cardenal Arzobispo todo lo vivido durante la visita al cuerno de África. Sin dudarle me animó a marchar a esa nueva misión y me dio su bendición como verda-

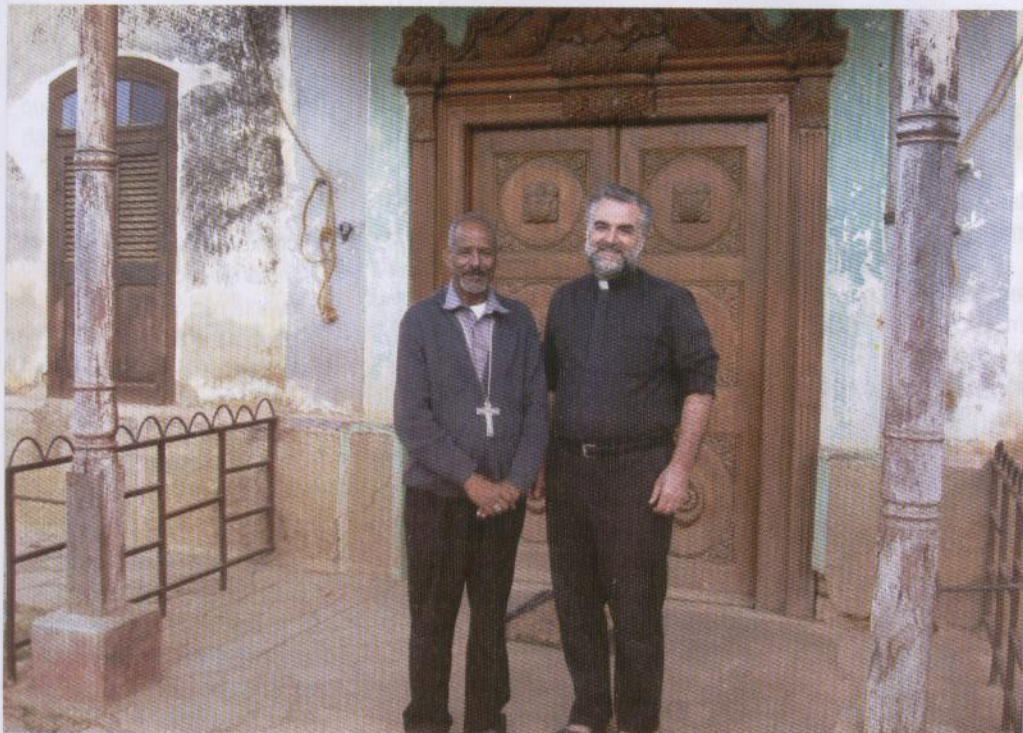
dero envío misionero por parte de nuestra querida archidiócesis toledana. Ya en la puerta, y con un poco de temor –lo confieso– le transmití la advertencia del arzobispo de Addis sobre el peligro que la misión encerraba, a lo que con sencillez, dándome una palmada en la espalda y con una enorme sonrisa, me dijo: «Pues razón de más para que recemos más por ti».

Y así he llegado a Gode hace unos meses. A la espera de que lleguen las Hermanas de la Madre Teresa (o cualquier otra congregación). No he conocido a ningún católico todavía, pero el Señor en la Eucaristía ya está en el Sagrario de la misión, que es lo único que en realidad importa. Eso: Que esté Él. Porque es infinitamente más importante que la acción salvífica de Cristo haya llegado a este rincón de desierto africano en su presencia eucarística, que todo lo que podamos hacer los hombres, por grandes y aparatosas que puedan parecer nuestras empresas.

Mucha gente me ha preguntado aquí en África y allá en España: «Y ¿qué vas a hacer si no hay católicos y son todos musulmanes?» Suelo responder que no tengo ni la menor idea. Sin embargo, creo con todo mi corazón que, si siguen siendo verdad las palabras de san Pablo de que «quien comenzó en ti la obra buena, Él mismo la llevará a término», digo yo que Quien me envió, Quien me trajo consigo, Quien vino conmigo, ya me dirá cada día lo que he de hacer. Estoy seguro de que no he venido por mi cuenta sino traído por Cristo.

Estoy aquí porque soy sacerdote. Sin sacerdote no hay Eucaristía. Donde está la Eucaristía está la Iglesia y donde está la Iglesia está la Eucaristía. Esa es la razón principal de mi presencia: estar para que pueda estar Cristo Eucaristía, para que pueda decirse que la Iglesia ha llegado de forma visible y sacramental al desierto de Ogaden junto a las fronteras de Somalia. Aunque –por ahora– haya de celebrar cada mañana solo la Santa Misa.

Y estoy además aquí, en comunión con un obispo, Monseñor Woldetensay, que es quien pastorea este gigantesco Vicariato Apostólico de Harar: más de 266.000 kilómetros cuadrados (más de media España). Estoy en comunión con este obispo concreto que es quien me envía a este rincón de África, aunque él y yo estemos separados por más de mil kilómetros de arena y el sacerdote católico más cercano se encuentre a setecientos kilómetros de distancia.



Christopher Hartley, con el arzobispo de Addis, monseñor Berhaneyesus Souraphiel.